



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Regalado, Juan Fernando

Las posibilidades de la Historia: México y Ecuador Diálogo con Manuel Miño Grijalva

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 26, septiembre, 2006, pp. 149-158

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50926012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las posibilidades de la Historia: México y Ecuador

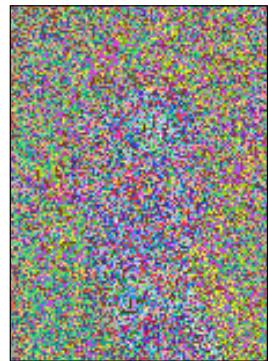
Diálogo con Manuel Miño Grijalva

Juan Fernando Regalado
Estudiante de doctorado, Flacso-Ecuador

Manuel Miño es quizá uno de los profesionales ecuatorianos con más larga trayectoria académica en México. Trabaja como profesor-investigador en El Colegio de México desde 1984 y forma parte del Sistema Nacional de Investigadores desde 1989. En 1995 fue nombrado miembro de la New York Academy of Sciences y recibió el Premio del Comité Mexicano de Ciencia Históricas al mejor artículo en historiografía 2002. Ha realizado numerosos estudios sobre la manufactura y el artesanado de México y América Latina, y sobre el siglo XVIII y la estructura social urbana, temas sobre los cuales ha publicado ampliamente (ver bibliografía). Manuel Miño nos ofrece aquí una versión muy madura y frontal sobre el estado de las Ciencias Sociales, que proviene de una trayectoria académica sostenida de más de 25 años. A lo largo del diálogo nos presenta un planteamiento acerca de la formación académica en México y Ecuador, y una reflexión sobre el lugar de la investigación histórica en las Ciencias Sociales y sus posibles rutas de estudio.

Quisiera que abordemos el problema de la Historia como disciplina y las condiciones para su desarrollo. En Ecuador ya habías realizado investigación histórica. ¿Qué ha cambiado desde entonces? ¿Qué se ha sostenido?

Desde una mirada construida sobre realidades intelectuales internacionales, el resultado sin duda es poco alentador en términos de las



Manuel Miño Grijalva

opciones y fortalezas que ofrecen las instituciones públicas o privadas que forman historiadores y, en general, profesionales de las Ciencias Sociales. La Universidad Central de Ecuador prácticamente no ha intervenido en este campo y lo que venía haciendo la Universidad Católica se paralizó: simplemente, como política, no interesa la investigación ni el conocimiento original. La Católica de Quito se ha conformado con la docencia, aunque eso -diría- ya es bastante. Sin embargo, a nivel comparativo, está muy atrás de la Católica del Perú que incorpora permanentemente profesores e investigadores, y de la Universidad Iberoamericana en México. Ambos centros educativos cuentan con un fuerte programa de publicaciones. Incluso, la Universidad Católica de Chile mantiene un importante órgano de difusión como es *Historia*, del Instituto de Historia. Esto para comparar lo comparable.

Sin duda, cabe mencionar como un logro la creación de la Universidad Andina Simón Bolívar y el fortalecimiento y consolidación de la docencia e investigación, a buen paso, de la FLACSO-Quito. Es evidente el peso que tiene la formación internacional de su planta académica para dar cabida a una estructura renovada.



Juan Fernando Regalado

¿Y el apoyo de otras instituciones a la producción en el campo de la Historia?

Debo mencionar el impulso de la Corporación Editora Nacional y de Abya-Yala en la difusión del conocimiento histórico y en general de las ciencias sociales. Sin embargo, es lamentable la crisis de la única entidad que estaba en posibilidad de ejercer un liderazgo financiero en términos del conocimiento: la gerencia de Cultura del Banco Central del Ecuador que, como otras entidades bancarias (por ejemplo, el Banco de Colombia o el Banco Nacional de México), había empezado a ser -y mermadamente aún lo hace- un motor en la vida cultural, hasta que la política, que todo lo corrompe en Ecuador, asentó golpes mortales de los cuales posiblemente ya no se levantará nunca más. No veo, además, un crecimiento y fortalecimiento del Sistema Nacional de Archivos y, por lo tanto, esa esfera de organización documental -que es definitiva para el avance del conocimiento histórico- está en veremos. El Archivo Nacional debe cumplir con su función de cabeza que ejerza una sinergia en el contexto documental general.

Se visualizaba, acaso, más claramente, la función de la Universidad en la “orientación de la sociedad”...

Nuestra generación se desprendió del 68 como muchas de otros países. Como ninguna otra, nuestra generación fue producto de una reflexión sobre nuestro mundo y nuestros problemas y fue crítica en la medida en que podíamos serlo en el Ecuador de entonces. Evidentemente, tengo que aclarar de qué universidad hablamos, porque había mucha diferencia entre una Universidad Central ya masiva y politizada y una Universidad Católica selectiva: intelectual y socialmente hablando. La Central dio muy buenos ingenieros y médicos, pero nada ha hecho en el

campo de la Historia y poco en las Ciencias Sociales. Por paradójico que pareciera, en general el Estado no ha hecho nada trascendente por la formación Superior en ciencias sociales; ésta es parasitaria, marginal. De manera clara uno puede reconocer una filiación familiar y privada en la formación y educación de los actuales representantes de las Ciencias Sociales ecuatorianas. ¿Elitista? Posiblemente, ¿pero cuál ha sido el papel del Estado para que no lo fuera? Si pensamos en categorías modernas, el Estado ha vivido bajo el subsidio permanente de los grupos privados y los organismos internacionales. La U. Católica realizó la primera maestría internacional en Sociología agraria en tiempos de Hernán Malo, a la par que en el campo del pensamiento se acogían a los celebres filósofos argentinos Arturo Andrés Roig y Rodolfo Agoglia. Poco después la primera maestría internacional en Historia fue patrocinada por la FLACSO. Mucho tiempo después la FLACSO actual ha hecho hincapié en diversos tópicos de las Ciencias Sociales, además de mantener varios programas de maestría y un doctorado. Esto, que es importante; pero lo que quiero resaltar es que la universidad pública como institución en América Latina -con raras excepciones- parece haber perdido la batalla en términos del pregrado. La Universidad es del pueblo, pero no el saber ni la formación de investigadores, porque es en ese sector en donde los programas son más débiles.

En el plano de la formación profesional ¿cómo se convierte uno en historiador? Parece un título muy grande, muy vasto.

No se trata de conocer toda la historia. Nadie conoce *toda* la historia. Un historiador se forma, estudia y piensa sobre una realidad concreta. Pero sobre todo se forma y trabaja de manera consistente y disciplinada. Entiendo que es una respuesta general. En

terminos personales el historiador se hace trabajando de la mano y codo a codo con maestros reconocidos. En mi caso hubo un guía afectivo familiar; tal vez la vocación vino por allí, por mi abuelo materno, Carlos Emilio Grijalva, alumno de González Suárez en Ibarra y colega de Jijón y Caamaño. La suerte -si cabe la mención- por lo menos en mi caso, también jugó un papel crucial, pues me puso de la mano de los más importantes historiadores americanos y de otros que fui conociendo con el tiempo, particularmente Pedro Porras Garcés, Sempat Assadourian, Clara E. Lida, Franklin Pease, María Rostworowski de Díez Canseco, entre otros, en sus niveles y saberes, y otros que, sin haber sido maestros directos, influyeron de manera cotidiana en tu idea de la historia, como Marcello Carmagnani, o Linda y Jaime Rodríguez. Gente como ellos, de una forma directa o indirecta, terminan por formar tu criterio y dar consistencia a tu rumbo. ¿Cómo se hicieron ellos historiadores?: de la misma manera, bajo la guía de otros maestros notables.

La Historia, como cualquier profesión, se la aprende haciendo...

Efectivamente, el tiempo y el ejercicio nos dan oficio. Recuerdo el título del brillante historiador mexicano recientemente fallecido, Luis González y González, *El oficio de historiar*. La historia es un oficio, pero entiéndase un oficio con método, como explicación y comprensión del pasado, como disciplina y permanente actualización, y para que esta condición se cumpla el investigador necesita un marco institucional que garantice su reproducción y crecimiento académicos. En este punto la tarea del Estado es irremplazable.

¿Cómo se presenta la relación entre docencia e investigación? ¿Es acaso una dicotomía que dificulta el trabajo?

De ninguna manera; ambas son complementarias. Lo que no han entendido las universidades y centros de educación ecuatorianos -excepto en alguna medida la FLACSO y la Simón Bolívar- es que no puede haber un docente de calidad si no investiga y transmite sus hallazgos originales. De otra manera son entes repetitivos, su papel sólo consiste en repetir una y otra vez apuntes elaborados desde hace 20 años o en usar textos de Historia o Ciencias Sociales casi siempre superados. No habrá un conocimiento original ni posibilidades de reproducirlo sin una relación estrecha y connatural entre investigación y docencia.

Pero sin duda la docencia universitaria, y la de posgrado en particular, presenta ciertos avatares...

Los avatares de la docencia, más que los métodos y los instrumentos, tienen que ver con los tiempos y sus requerimientos inmediatistas y coyunturales. Es decir, el problema principal es el tipo de estudiante que está llegando a la universidad: más ignorante que antes, aunque con más instrumentos -tecnología e idiomas-, sin cultura general y con un virtual abandono de la lectura y el pensamiento. En mis tiempos -y nuestra generación lo puede demostrar- leíamos mucho más que ahora. Los profesores europeos y americanos están de acuerdo también en el hecho que es un problema generalizado. La historia y las ciencias humanas y sociales no son útiles, y su gasto es innecesario. Frente a esto, la flexibilidad de los sistemas docentes y un virtual predominio del estudiante sobre el docente, que no encuentra sustento de permanencia frente a "la paridad" o "cogobierno", hacen tambalear la seriedad académica. Los alumnos no demandan un "rol" docente determinado. Nosotros sí lo hacíamos. Ahora lo que quieren es pasar rápidamente por la facultad e insertarse en el mercado de trabajo.



Juan Fernando Regalado

Son hábiles para tejer ensayos, pero ya no leen. El resultado: el deterioro de la educación pública y la multiplicación de los institutos privados de mala calidad. A esta afluencia de la educación como negocio le llaman “modernidad”. El problema es que el mercado se ha cerrado y si no tienes postgrado o no vienes de universidades reconocidas, estás afuera. Y es entonces cuando el sistema les pasa la factura.

La universidad mexicana tiene una trayectoria en la formación de historiadores y en el desarrollo de un campo de reflexión histórica que en países como el Ecuador ha sido limitada. ¿Cómo entender esto? ¿Pasa por el hecho de que acá en México hay una tradición de apoyo a la investigación histórica?

Pienso que a pesar de ciertos problemas y obstáculos comunes a todo campo de investigación y que se superan casi siempre, el proyecto de formación de historiadores es relevante en el caso mexicano. Y en esto el sistema federal constituye una condición favorable. Cada uno de los estados soberanos que conforman la Federación necesita fortalecer su identidad y es por eso que mantienen por lo menos una licenciatura en Historia en sus universidades públicas. Lo que sí ha costado y cuesta más trabajo introducir y sostener es el sistema de postgrado; y esto debido, en parte, a la limitada disposición de profesionales y de recursos humanos calificados que puedan afrontar el reto. La importancia cultural del país, dada la fuerte presencia de su patrimonio musical, arquitectónico y arqueológico, ha sido clave para mantener una preocupación permanente por la Historia. Lo que siempre me impresionó de México y Perú es su permanente lucha por dotar a su país de un fuerte rasgo de identidad, unidad y proyecto nacional. Esto en Ecuador aún no se entiende. Pero lo que diferencia el caso mexicano del ecuatoriano es, además, el haber entendido desde hace más

de sesenta años que el Estado y el sistema universitario tiene que apoyar y auspiciar a un campo que necesita, de manera obligada, un apoyo estatal. Un aspecto fundamental es en ese sentido la fuerza que ha adquirido el Sistema Nacional de Investigadores. No sólo el Estado central sino los gobiernos locales están interesados en la Historia. ¿Y por qué se puede hacer todo esto?: fundamentalmente por la estabilidad institucional. Algo que no se da en el Ecuador, donde cambian los gobiernos cada dos años con la consecuente pérdida de continuidad en los planes y programas de trabajo.

Existen ventajas evidentes si te apoyas en un marco institucional para la investigación académica...

Por ahora esta es la condición ineludible. Ecuador debe pasar del mecenas a la inversión institucional. Este es el camino de una verdadera profesionalización. De otra manera la Historia o las Ciencias Sociales en general sólo serán un adorno de abogados, sacerdotes o de maestros. Es decir, no será un cultivo profesional, por importante que sea la labor de aquéllos.

Para el trabajo en las Ciencias Sociales está en boga adoptar la modalidad de funcionamiento de las ONGs. ¿Qué opinas de esto?

No conozco bien como funciona una ONG, pero siendo un grupo privado, independiente del Estado, su funcionamiento para el caso de las Ciencias Sociales viene a caer -de alguna forma- en la aportación voluntaria, que es otra forma del mecenazgo antiguo. Ni la Historia ni las Ciencias Sociales en su conjunto deben hacer recaer su práctica en la piedad ni pública ni privada. Por supuesto, en el mundo, con otros nombres como asociaciones o corporaciones, funcionan innumerables instituciones, porque tampoco deben ser exclusivas del sec-

tor gubernamental. Todo lo que contribuya al fortalecimiento de nuestro campo debe ser utilizado y respetado, a condición que se cumplan requisitos académicos -no políticos- básicos de la práctica profesional.

En el caso específico de El Colegio de México, ¿qué estructura curricular tiene la formación de historiadores?

Ha cambiado; no es la misma todo el tiempo. Actualmente hay una planta de 25 profesores-investigadores lo que ofrece la posibilidad de una curricula más variada que hace 20 años. Ahora podemos darnos el lujo de tener un conjunto de cursos que son obligatorios y generales, y cursos optativos de acuerdo a la especialidad de cada profesor. Esto da la oportunidad a los alumnos -becados y de tiempo completo- de escoger las materias que mejor se ajusten a sus preferencias, lo que les ayuda a perifilar su especialidad. Pero lo importante de El Colegio no sólo es su estructura curricular, también el excelente apoyo a nivel de información e infraestructura de sistemas automatizados. La idea central de El Colegio es el trabajo intenso y permanente, para lo cual al alumno no se le permite aducir que no dispuso de tal o cual libro, revista o publicación. Nuestra labor es dotar a la biblioteca de todos los materiales necesarios que usaremos en los cursos. De la misma forma, el estudiante tiene la obligación de resolver sus problemas en otros idiomas. Aquí es cuando -como te decía anteriormente- el alumno paga sus omisiones de la licenciatura.

¿Aquí en El Colegio, cuál es el lugar de la Historia? ¿Está dentro de las ciencias sociales o de las humanidades? ¿O está considerada como auxiliar de disciplinas más “duras” como la economía y sociología?

Esa ha sido una discusión que por ahora está apaciguada. Cuando Rodolfo Stavenhagen,

como Coordinador Académico General, impulsó la creación del Doctorado en Ciencias Sociales, con especialidad en Demografía o Sociología, me comentaban que los historiadores levantaron la mano para decir que se oponían a que la Historia fuera considerada una ciencia social, por la sencilla razón de que no reconoce modelos ni formalidades que han caracterizado a las ciencias sociales. La historia -dice un sector- tiene más de humano que de “modelo”. Por mi parte, pienso que está a caballo de las ciencias sociales y las disciplinas humanas. No es posible ahora olvidar conceptos e instrumentos de la economía, la sociología o la antropología, por ejemplo, para estudios de etnohistoria, historia económica o social. Pero tampoco pienso que fenómenos del pasado deban ser reducidos a modelos matemáticos. Los modelos cuantitativos, y en general las Ciencias Sociales, le ayudan al historiador a formalizar sus propuestas, pero eso no es todo. No se trata de decir “todo sobre todo”, ni de amontonar los datos sin un esquema explicativo lógico, problematizado y propositivo. Por ello, la historia no puede ser ciencia auxiliar de la economía o la sociología, aunque éstas, por su fortalecimiento, así la quieran hacer ver. Mis amigos economistas no tienen la menor duda de que hacen historia económica del siglo XVIII cuando, en realidad, sólo hacen economía histórica *contrafactual*, con fuerte cuantificación y con cifras que no están sujetas a la menor crítica. Siempre disputamos, porque les digo que ven tres números de cualquier especie, origen y fiabilidad, y los toman porque calzan en su modelo. Lo demás no les importa. Finalmente, la moda ha impuesto también este predominio; pero es un predominio artificial.

Quisiera hacerte unas pocas preguntas sobre tu trabajo. ¿Qué temas trabajas actualmente en la docencia e investigación?



Juan Fernando Regalado

En esta promoción he dictado el curso “Ciudades y sociedad hispanoamericana en el Antiguo Régimen colonial”, por contradictorio que pareciera. La idea es que el alumno entienda que más allá de esa atosigante historiografía agraria, que era el centro de los procesos históricos, los ejes sobre los cuales caminaron nuestra sociedad fueron básicamente urbanos o dependientes de lo urbano. Evidentemente, yo no estudio el mundo rural y agrario, que siempre me ha parecido subordinado a los sectores externos locales e internacionales. Pero esto es otra cosa. Me interesa mostrar el peso de las estructuras productivas urbanas, el peso de la familia, pero particularmente de las redes sociales y la conformación de los núcleos de poder hispanoamericanos. Tal vez te parezca demasiado ambicioso y complicado. Y lo es. Lo que sucede es que por ahora atravieso por una inconformidad intelectual con la explicación de la historia: creo que además de necesitar explicaciones desde la Historia económica, social o política, necesitamos dar pasos intermedios que la historiografía latinoamericana no ha dado, como en su tiempo lo hicieron los europeos. Y esto es entender la explicación de fenómenos del pasado desde viarias perspectivas. Por temperamento, soy enemigo de las explicaciones deterministas y únicas, de lo que definen los marcos teóricos o, lo que es peor, actualmente, los métodos cerrados y la cuantificación reducida.

¿Cuáles fueron los temas que investigaste al inicio de tu carrera?

Me inicié con temas de carácter más prehistórico y etnohistórico, tratando de explicar el mundo aborigen, original -si cabe el concepto- y la transición colonial. Trabajo ahora sobre la historia social urbana mexicana y pretendo centrarme en hacer una historia social de Quito. Creo que así podré servir mejor a una realidad por investigar, la de allá

y, la de México, que necesita parámetros diferentes, comparativos, para seguir creciendo.

Tú has realizado un muy importante esfuerzo comparativo entre realidades históricas de Ecuador y México. Por ejemplo, respecto a la producción manufacturera en el contexto de la época colonial. ¿Existen más ámbitos de posible estudio comparativo?

Claro que sí. Ahora quisiera estudiar -conjuntamente con otros colegas- los censos de la ciudad de México, Quito y Lima que se realizaron entre 1840 y 1860. También en la cabeza traigo la idea de comparar Cuzco, Riobamba y Puebla, pero sólo son ideas. En realidad son varios temas relacionados con las ciudades: el papel del Municipio, el funcionamiento de redes sociales y de poder. Y esto, por una razón: porque las sociedades mesoamericanas y andinas son estructuralmente similares, pensando en el *mundo colonial*. Aún me resisto al uso del concepto “Antiguo Régimen” aunque historiográficamente parece correcto.

Coincido contigo en que la noción de “antiguo régimen” se usa actualmente mucho, pero explica poco y de mal modo.

Esa es parte de la discusión, de los avances o de los retrocesos teóricos. Es una moda impuesta por la historiografía francesa, politizada e ideologizada -aunque sus cultores digan que no- que intenta superar el adjetivo “colonial”. En estos meses me he pasado escribiendo un artículo: “De colonia y antiguo régimen: dos conceptos en cuestión”, para tratar de entender sus atributos conceptuales y su pertinencia histórica. Creo, finalmente, que ambos pueden ser usados y hasta son complementarios, porque “colonial” tiene que ver con una relación de tipo esencialmente económica y “Antiguo Régimen” con otra de matiz administrativa y política en

el proceso largo de construcción del poder. Si por una parte es innegable el fuerte carácter corporativo, jerárquico y desigual en términos de la representación, se ha vuelto más clara la articulación y pertenencia del mundo americano a la monarquía castellana como un solo cuerpo institucional: la relación económica asimétrica subordinada a los intereses económicos de los grupos peninsulares parece incuestionable

¿Qué categorías de análisis, qué referentes conceptuales, convendría retomar de los llamados clásicos y cuáles debieran ser incorporadas para un nuevo marco explicativo? Actualmente hay mucho énfasis en el “discurso”, en los “imaginarios”, en los “actores”...

A lo que yo añadiría la perspectiva del “nuevo institucionalismo” en historia económica, o de la formación y funcionamiento de las redes mercantiles, sociales o políticas, por citar alguna más. Bueno, son temas novedosos. No me gusta descalificar fácilmente nada ni a nadie, porque creo que la buena Historia se nutre de todo, pero de todo lo que está bien construido. Mi problema nace cuando los “nuevos historiadores” descalifican un conocimiento que a mí me parece básico para optar por un modelo de historiografía: la formación de campos estructurales que son la base explicativa de cualquier nuevo paradigma. Y, sin ningún temor, digo que no puede haber una buena comprensión del nuevo institucionalismo si el investigador no tiene una solvente formación en derecho. Ahora, todos los economistas, para ser “modernos”, tienen que ser neo-institucionalistas y, por supuesto, cuantificadores “finos”, aunque no acierten con la realidad. En mi tiempo, obligatoriamente tenías que recitar los “modos de producción” para ser considerado “científico”. Yo no lo hice nunca porque me resisto a copiar modelos creados para latitudes que nada tienen que ver con la formación y complejidad

de nuestras sociedades. Ahora vivimos una época en la que han fallado los modelos cerrados y paradigmas de interpretación del mundo y la sociedad; las teorías se han pulverizado como las infalibles “metodologías científicas” siempre invocadas y nunca bien comprendidas. Hemos pasado de los fundamentalismos y dogmatismos al escepticismo y, en términos prácticos, al descrédito social. Como todo el marco explicativo anterior ha fracasado, el impulso es estudiar si el problema está en el discurso o en el imaginario; pero no puedes estudiar los llamados “imaginarios” o el discurso o los actores si antes no has profundizado en la Historia social, económica, política, o desde la antropología, la ligüística y la psicología, dependiendo la perspectiva que te interese abordar. Lo que quiero decir es que no hay que olvidar a los clásicos.

Simplificando, ¿qué es el nuevo institucionalismo sino una perspectiva hegeliana, racional, por contraposición a la social “marxista” que ahora ha sido desecharla? Pero ahora la gente prefiere hablar como antes de la “nueva historia económica”, de la “nueva historia política” o de la “nueva historia cultural”. No sé en donde quedó la vieja discusión entre positivismo, marxismo, historicismo, estructuralismo, por ejemplo.

¿Qué tan pertinente es una historia económica contrafactual?

Esta es una discusión que lleva décadas y no parece haber solución. Los economistas defienden su armazón teórico y los historiadores lo menosprecian. Se ha vuelto un diálogo de sordos. Los economistas, sin embargo, han mostrado que para estudiar la evolución de la economía capitalista no se puede omitir la teoría económica; los historiadores han replicado sobre los riesgos de extrapolar conceptos e instrumentos de tiempos contemporáneos para sociedades del pasado que no se rigen por sus “leyes”; es decir, refutan el



Juan Fernando Regalado

conocido anacronismo. De toda la extensa discusión, sin embargo, hay que retener que los economistas nos han obligado a los historiadores a formalizar nuestras propuestas y a no desechar las hipótesis contrafactuales simplemente como un método de construcción y explicación lógica de un fenómeno histórico. Pero una explicación encontrada para los procesos clásicos no siempre es aplicable a otras realidades no estudiadas. Sin duda la historia de la historiografía ha mostrado que los esquemas explicativos, los modelos teóricos, son construcciones esencialmente ahistóricas.

Tú permaneces muy al tanto de la producción académica en Ecuador. ¿Cuál es tu evaluación de las principales obras de investigación histórica? ¿Qué tendencias estarían predominando en la Historia, y en las Ciencias Sociales en conjunto?

Esta es una pregunta compleja, pero haciendo un esfuerzo de síntesis comentaré que sin duda la *Nueva Historia del Ecuador* marcó en su tiempo un hito como empresa intelectual colectiva. Me parece encomiable la continuidad del *Boletín* de la Academia Nacional de Historia y esperanzador el rumbo que van tomando las revistas *Procesos e Iconos*. En términos individuales, sin adentrarme en la historiografía del siglo XX, me parece que existen importantes trabajos para esclarecer la economía colonial, particularmente sobre el funcionamiento del crédito.

Como nuevos trabajos que intentan profundizar sobre la estructura urbana, estoy pensando en Terán Najas y Kingman pero, sin duda -y este es un rasgo más del poco apoyo institucional nacional- la renovación más fuerte viene de Estados Unidos y Francia. Puedo recordar ahora a Robson Tyrer, Polóni-Simard y Linda Alexander Rodríguez. Para la Historia social, y particularmente la demografía histórica y la conformación de la estructura social, a Hamerly, Mnchon,

Caillavet, Büschges, y, en el ámbito de lo político y regional, a Saint Geours, Demelas, Maiguashca, Jaime Rodríguez, Tamar Herzog, por citar algunos. En sus obras se revelan diversos marcos conceptuales y metodológicos que van desde la “New Economic History” y un marcado uso de la cuantificación, hasta el análisis de grupos sociales y de sistemas políticos e institucionales con fuerte raigambre en las necesidades del análisis actual. Se ha profundizado en temas como la ciudadanía, las elecciones, la representación, en el marco más bien del nuevo institucionalismo. Se revisan viejas explicaciones como ahora lo hace Jaime Rodríguez sobre la Independencia.

Finalmente, ¿qué habría que abandonar para bien de la investigación? Me parece que más que abandonar hay que adoptar tendencias, nuevos problemas por discutir, métodos y marcos conceptuales que no se observan en la historiografía local, pero para esto es necesario que la historiografía se profesionalice; es decir, que se institucionalice en el sentido que el historiador pueda dedicarse a tiempo completo a formarse y a producir un nuevo tipo de Historia.

¿Guardan pertinencia la base empírica, el trabajo de archivo, el manejo de fuentes documentales? A esa tarea, en ocasiones, se la califica como empirismo reducido con poca potencialidad teórica...

Evidentemente, los “teóricos” -en caso de que los hubiere, hablando de la Historia- pueden descalificar la investigación de archivo. Hubo intentos “marxistas” sobre ello, por paradójico que pareciere: obviamente me refiero al marxista que creyó que sólo con leer a Marx -a su manera- estaba capacitado para entender los procesos sociales. Los geniales en esta corriente siempre acudieron al archivo. Se me viene a la memoria Hobsbawm, E.P. Thompson o Assadourian, por citar algunos. No hay investigación original si no hay inves-

tigación de primera mano. Justamente, nuevas revelaciones y nuevos documentos mostraron hasta la saciedad la debilidad de las construcciones teóricas y de los “metadiscursos”. Evidentemente tampoco me refiero a que un montón de datos de archivo pueda llamarse “historia”. Siempre he creído que el adecuado uso de conceptos, métodos y la comprensión -teórica- de procesos diferentes a los que investigamos, sirven de guía y constituyen uno de los ejes fundamentales de la investigación sobre el pasado.

Desde otra óptica, ¿qué desafíos presenta la realidad mexicana para un profesional ecuatoriano?

Bueno, la realidad mexicana es un desafío como lo es la estadounidense, española, francesa o inglesa. En términos del conocimiento histórico acá convergen todas las tendencias y sus instituciones están capacitadas para dotar de una infraestructura material y de recursos humanos calificados a quienes busquen un campo de preparación o desarrollo profesional. También, desde finales de los años treinta, con la migración de los intelectuales españoles, hasta la de los setenta, con aquella originada en el cono sur y Brasil, el fortalecimiento intelectual mexicano ha sido consistente y permanente. El desafío es que el estudiante logre formarse adecuadamente y salir del Ecuador y, mucho más, que pueda regresar. En mi caso no fue posible; no pude regresar. La carencia de apoyo institucional constituyó un obstáculo insuperable, aunque también es cierto que algunas coyunturas personales determinaron mi ausencia.

¿En qué podría contribuir una perspectiva desde Ecuador para los temas de debate en México?

Mucho más de lo que se piensa. México es un país latino -con todas sus implicaciones- y de

habla hispana, lo cual le da mucha posibilidad de penetrar en las estructuras sociales latinas. Una muestra de ello es el peso en cine y televisión y en general una clara presencia de la “cultura de masas”. Por el contrario, antes que en Ecuador, Julio Jaramillo fue un ídolo indiscutible en México, sencillamente porque si hacemos una sociología del cantante, México, la ciudad, era para los años sesenta el principal foco de atracción de una población que desertaba del campo, mientras en Ecuador era un músico destinado a las “cociñas” o las “chinas” como se les decía. La burguesía ecuatoriana empezó a apropiarse de sus canciones a partir de su muerte, a fines de los setenta y a principios de los años ochenta; pero era un Julio Jaramillo que llegaba de fuera, era importado. El crecimiento urbano ecuatoriano, la migración acentuada desde el campo, ha producido un efecto similar al que se produjo en México después de 1940.

Y si te refieres a la Historia, ese es un gran tema para ambos países, como también lo son prácticamente todos los aspectos de la vida colonial. Claro que se pueden comparar: desde la estructura social básica como la familia, la vida cotidiana, la organización social hasta la formación del Estado. Desde Ecuador se puede perfectamente abordar estos temas, pero por cuestiones de recursos o institucionales no se ha podido realizar.

Quisiera terminar insistiendo en un tema que ha sido central en esta entrevista: el tipo de relaciones que podrían ser promovidas y buscadas entre el Estado y las investigaciones en el campo de las ciencias sociales.

No existe Estado moderno ni política científica que no se sirva de lo que hacen sus científicos y universidades en cualquier campo que hablemos, a riesgo de ser un ente amorfio, atrasado e inmediatista. En Ciencias Sociales la irrupción de la Economía es indiscutible; en el campo del desarrollo urbano o



Juan Fernando Regalado

la de los estudios de población y el ambiente -por citar los más relevantes- tampoco hay duda. Debo aceptar que hay más problemas para el arte y las ciencias humanas. La Historia juega un papel de bisagra que puede articular la memoria y el pasado con las necesidades del futuro. El problema es a qué pasado nos estamos refiriendo y de qué futuro hablamos. Sólo investigando podremos determinar cómo utilizar esas reflexiones. Sólo el fortalecimiento de la investigación original, como eje articulador de la educación y la política pública, hará que los ciudadanos cambien, y que en consecuencia los políticos sean distintos; que dejemos los clanes familiares entre los que se debate actualmente, para dar paso a partidos o grupos responsables y con horizontes a programas que finalmente puedan permitir la construcción de proyectos e identidad nacionales.

Julio de 2006

Bibliografía de Manuel Miño

Obrajes y tejedores de Nueva España, 1700-1810, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1991.

- La protoindustria colonial hispanoamericana*, El Colegio de México-FCE-Fideicomiso Historia de las Américas, México, 1993.
- La manufactura colonial. La constitución técnica del obraje*, El Colegio de México, México, 1993.
- El mundo novohispano. Población, ciudades y economía. Siglos XVII y XVIII*, FCE, El Colegio de México, México, 2001.
- La población de la ciudad de México en 1790. Estructura social, alimentación y vivienda*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, El Colegio de México, Conacyt, 2004 (con Sonia Pérez Toledo).
- Codirector del vol. VI de la *Historia General de América Latina. La construcción de los países latinoamericanos, 1820-1870*, Madrid, UNESCO-Editorial Trotta, 2003.
 - Coordinador adjunto de la Serie *Breves Historias de los estados de la República Mexicana*.
 - Coordinador (en colaboración) de la *Historia General del Estado de México*, Toluca, El Colegio Mexiquense-Gobierno del Estado de México, 1998.